

de vacío, de ausencia. Y es que en «*Miradas sobre el mundo actual*» no está expresada la inquietud de nuestro tiempo en ninguna de sus direcciones matrices, partidistas. Verdad es que Valery dice que ha escrito para seres sin partidos, es decir, para seres que no se han ubicado todavía frente a sus propios problemas que no son más que aspectos individuales de los problemas colectivos. Pero estos seres, afirmamos, no existen. Pues los intereses y las condiciones sociales se encargan de hacerlo, a pesar de ellos (los seres), contra ellos o sin que ellos se den cuenta. —A. T.

UNA BIOGRAFÍA DE HENRI BEYLE

En el prólogo a *Tres poetas de su vida*—de donde ha sido desprendido el *Stendhal* que recién ha publicado la Editorial E. N. E.—manifiesta Stefan Zweig, que en los tiempos modernos, después que Agustín, llamado el santo, dijo aquello: «la cuestión, el problema es uno mismo», es cuando se nota de manera evidente la bifurcación en el género autobiográfico, a saber: junto con el conocimiento de la vida, el de los sucesos de esa misma vida: presentación ante sí y ante los demás, o sea, biografía extrínseca y objetiva y biografía intrínseca y subjetiva. No explica, sí, Zweig, si ambas ramas se demarcan con tanta nitidez como para que nunca una posea, en mayor o menor grado, elementos de la otra. No obstante, afirma, razonablemente, que la primera se orienta siempre hacia la publicidad (preferimos decir exhibicionismo) siendo su vehículo más apropiado la confesión, ante la comunidad o por el libro; la segunda es más bien un monólogo y se conforma con un diario. «Sólo las naturalezas verdaderamente complejas—agrega—como Goethe, Stendhal o Tolstoi han buscado una síntesis de ambas tendencias».

Pero la verdadera tragedia del artista comienza cuando necesita comunicar la verdad, «su verdad» y es imperioso, entonces, poseer toda «la heroica sinceridad del autobiógrafo», porque

así como existe un impulso innato (atávico dice Zweig) que tiende a eternizar lo que fuimos, también otro no menos poderoso que nos impele a ocultar aquello que ante nuestros propios ojos suponemos es un elemento denigrador de nuestra personalidad, «fuerza contraria que podríamos llamar de auto-silencio», es decir, la tendencia de engañar y—tal vez, piadosamente, de engañarnos—e intentar presentarnos como quisiéramos haber sido y no como en realidad fuimos.

La primera característica que señala Zweig en la personalidad de Stendhal es, precisamente, la presencia paralela y continuada de estos impulsos contrarios, pero a la larga acaso convergentes, pues de sus fuerzas antípodas no es demasiado difícil extraer la unidad del sujeto, su individualidad, ya que la mentira nos ayuda a conocer la verdad, o viceversa, como se quiera. «Pocos hombres hay que hayan mentido tanto y con más pasión, mistificando al mundo, como lo hizo Stendhal, pero pocos hay también que hayan dicho más profundamente la verdad»,

Su «goce de la mentira» es verdaderamente extraordinario y su obra y su vida está poblada de innumerables falsedades. Desde la firma de sus libros hasta la de sus cartas. En los primeros Henri Beyle (como se sabe, ese era su nombre), aparece llamándose Stendhal, César Comet o estampa sólo sus iniciales H. B. seguidas de unas intrigadoras A. A. Y en sus cartas los biógrafos han podido comprobar más de doscientas firmas diferentes y falsas, cuando no en ellas recurría al nombre de personajes célebres de su tiempo, como Lamartine o Jules Janin. A veces afirma que es austríaco o antiguo oficial de caballería; que estuvo en las batallas de Wagram, Aspern y Eylau, siendo que en ese tiempo se encontraba viviendo tranquilamente en París; que conversó, largamente, con Napoleón y... éste jamás habló con él y «¡record asombroso de la mentira!», en su testamento manda que en su tumba de Monstmatre se coloque en la lápida Arrigo Beyle, milanese, El, que era francés como el que más,

nacido en Grenoble. «Hasta en la muerte quiso presentarse románticamente disfrazado», dice Zweig.

Pero su «placer de la verdad» no fué menos intenso que el de la mentira. Su sinceridad llega a extremos francamente inauditos. Lo que otros hombres no se atreven siquiera a formular en la intimidad de la conciencia, Stendhal lo manifiesta valerosamente por medio de la palabra escrita. Sus abismos morales, sus sentimientos más recónditos los expresa abiertamente por encima de toda consideración personal o social, cuando la pluma es dirigida por su diestra, alcanzando una innegable valentía. Hurga en sus propias flaquezas con una especie de sadismo psicológico y confiesa aspectos ocultos de su vida con descaro extraordinario. Y cuando el pudor o la vergüenza, mejor dicho, sea esa fuerza equilibradora del hombre, quiere impedirle esa necesidad de ser sincero consigo mismo o la voluntad heroica de conocerse, lo vence. Su capacidad de volición en este sentido está por sobre toda otra consideración. «Intuitivo, ha descubierto ya en 1820 las más complicadas claves y mecanismos de la mecánica del espíritu, que sólo cien años después, con el psicoanálisis, ha sido posible estudiar y reconstruir; su valor innato y hasta gimnástico para la psicología se adelanta a su mundo, a su época en un salto de un siglo». Stendhal mismo manifestaba con una sabiduría auténticamente profética: «Je serai compris vers 1900...» Y es éste sin duda uno de los grandes valores de Stendhal, su calidad de precursor en tal aspecto, ya que sin este «admirable maestro del fingimiento, sabríamos, ciertamente, mucho menos verdades del mundo, del espíritu y de sus bajos fondos».

Después Zweig nos relata varios sucesos de la vida de Stendhal desde su llegada a París a los dieciséis años, los trabajos que emprende al lado de su primo Darus, uno de los brazos derechos de Napoleón; sus viajes a la retaguardia de los ejércitos imperiales, su cargo de cónsul en Italia, sus desgraciadas aventuras amorosas, desgraciadas tanto por la fealdad física como por la timidez ingénita de Stendhal frente al amor o más

bien, frente a la mujer. Y esto es, seguramente, lo que más le hizo sufrir en la vida, pues consideraba el amor superior a todas las cosas: «L'amour a toujours été pour moi la plus grande affaires ou plutot la seule». En seguida, su muerte en una calle de Civitavecchia, el descubrimiento de su tumba cuarenta y tantos años después, la celebridad póstuma de su obra, etc.

Para terminar esta breve glosa, citaremos las palabras de Zweig, donde creemos sintetiza todo el valor de la obra stendhaliana: «Desplazado con respecto a sus contemporáneos, acaba por emprender el vuelo y pasar por encima de todos ellos, si se exceptúa a Balzac, pues, aunque ambos son antípodas en el mundo del arte, sólo ellos dos, Balzac y Stendhal, se han elevado por encima de su época; Balzac, al aumentar monstruosamente, según las proporciones de entonces, el poder del dinero y el mecanismo de la política y de la sociedad; Stendhal, por su parte, al diseccionar con ojo de psicólogo el detalle y matiz del individuo. Balzac nos ha dado bien el futuro desarrollo de la sociedad y Stendhal, el de la moderna psicología; y la visión de ambos sienta perfectamente a la sociedad y al individuo de hoy, respectivamente. La visión de Balzac adivinó el mundo de hoy; la intuición de Stendhal adivinó al hombre moderno».—A. T.

EL LIBRO DE LAS FUNDACIONES, por *Emilio Rodríguez Mendoza*.
Editorial Nascimento, 1935,

Entre los escritores chilenos de su generación es Emilio Rodríguez Mendoza uno de los más atrayentes y medulares y uno de los pocos que continúa escribiendo con la misma persistencia y entusiasmo de sus años mozos. Al contrario, parece que la mocedad del espíritu en vez de decrecer ha ido acrecentándose y consolidándose como si la vida, en su sentido de decaimiento cuando trascurren sus estadios vibrantes, hubieran ido acumulando remozados y nuevos materiales internos, aumentados y dignificados por la experiencia vital, pragmatizándose en segui-